

*Biblioteca-Films*

LA CULPABLE

Núm. 84

25

cénts.



Louise Glaum  
y  
Mac Hamilton

**BIBLIOTECA FILMS**

TÍTULO DE LA SUPREMACIA

REDACCIÓN:

Cataluña, 86

O

Teléfono 373-H

BARCELONA

APARECE TODOS LOS MARTES

REVISADO POR LA CENSURA PREVIA

**LA CULPABLE**

Sentimental y emocionante novela  
donde se realza la grandeza de alma de una mujer  
pura, víctima de engañosas apariencias.

Exclusiva **PROCINE**

Consejo de Clavé, 332 - Barcelona

**PERSONAJES**

Elena . . . . .

Roberto Graham . . . . .

**INTERPRETES**

Louise Glaum

Mac Hamilton

**ARGUMENTO DE ESTA PELÍCULA**

I

¡MUJER!

Estamos en el music-hall más lujoso de  
Nueva York. Música, danzas, luz, mujeres llama-  
mativas, alegre esparcimiento, ricos manjares,

vinos espumosos: allí no falta nada de cuanto excita los sentidos.

Alrededor de una mesa servida con esplendidez, hallábase cinco amigos y, entre ellos, el famoso abogado Roberto Graham, hombre serio, si los hay, que no acostumbra a solazarse con especímenes frívolos, ni a frecuentar lugares de tan dudosa reputación, como aquel donde se halla, debido a un compromiso que a él le ha parecido ineludible.

Los compañeros de Roberto Graham quieren comprometerle para que aquella noche asista con ellos a una cena adornada con la compañía de mujeres frívolas. Uno le dice:

—Bien está la seriedad en los negocios; pero ¿qué sería la vida, sin la acidez de sus frivolidades? Nada, esta noche, después de la representación, se viene usted a cenar con nosotros.

—Hace usted mal en invitarme. Estos festines que ponen de manifiesto las miserias de las mujeres, me entristecen sobremanera. Si yo asisto a ese banquete me voy a constituir, sin darme yo cuenta, en un antipático aguafiestas.

—Ya conozco, Graham, sus ideas sobre las mujeres—replicóle uno—, ideas que, por cierto, mucho le exalteren. Pero hoy quería presentarle una muchacha que reúne toda la gracia pícarosca de la alondra fácil, junto con la honradez más pura y acrisolada.

Roberto Graham recibió estas manifestaciones con una sonrisa de incredulidad, y replicó:

—Por supuesto que esa mujer de gracia tanta y de tal honradez, debe ser una mariposa

de «cabarete» ¿verdad?... Pues me río yo de la honradez y de la gracia de tales mujeres.

—Le aseguro que es una mujer ideal en el sentido de la honradez. Quiero que la conozca usted, señor Graham.

—Está bien, sacrificaré mi costumbre y mis ideas para conocer a esa mujer-fenómeno.

Momentos después, el caballero que tanto interés tenía en presentar a Roberto Graham una hembra, mariposa de «cabarete» y honrada, como un caso tan raro y anodino, hablaba en el escenario con una artista, una rubia de ojos maliciosos y boca chiquita, vistiendo un desnudo que ahuyentaba el frío. Dijo:

—Oye, Molly, te quiero pedir un favor.

—Amiguito, no sé si sabes que las piernas de las bailarinas son también de carne y hueso; ¡me encuentro fatigada!

—El favor que voy a pedirte no te ha de producir fatiga ciertamente. Va verás de qué se trata. Un amigo mío, el abogado Roberto Graham, está convencido de que todas las mujeres de los «music-halls» y «cabarets» son... unas cualquiera, y yo quiero convencerle de lo contrario—es decir, que una mujer puede ser bailarina y honrada. Le he prometido presentarle una muchacha que fuere lo uno y lo otro.

—Hombré, te agradezco que tengas empeño en fomentar en el ánimo de un hombre honrado una opinión muchas veces errónea. Yo conozco la muchacha que te hace falta; pero precisamente porque es de una austeridad extraordinaria, díficil que acepte.

—Se trata sólo de que esa muchacha venga

esta noche a cenar con nosotros; la vendríamos a buscar con mi auto.

—Ya verá si la convengo.

Molly se despidió de su amigo y fuése a su camerino para vestirse de calle. Antes de salir del amuse-hall, estuvo en el camerino de una de las bailarinas.

—¿Qué tal, Molly?

—¿Cómo estás, Elena?

—Disponiéndome para ir a descansar.

—¿No te quedas al reveillon?

—¿Aún te parece poco el tiempo que estamos metidas en esta atmósfera malsana?

—A mí me gusta.

—Aborrezco este ambiente, Molly, lo detesto con toda mi alma. Todo es falsedad, vicio, mentira.

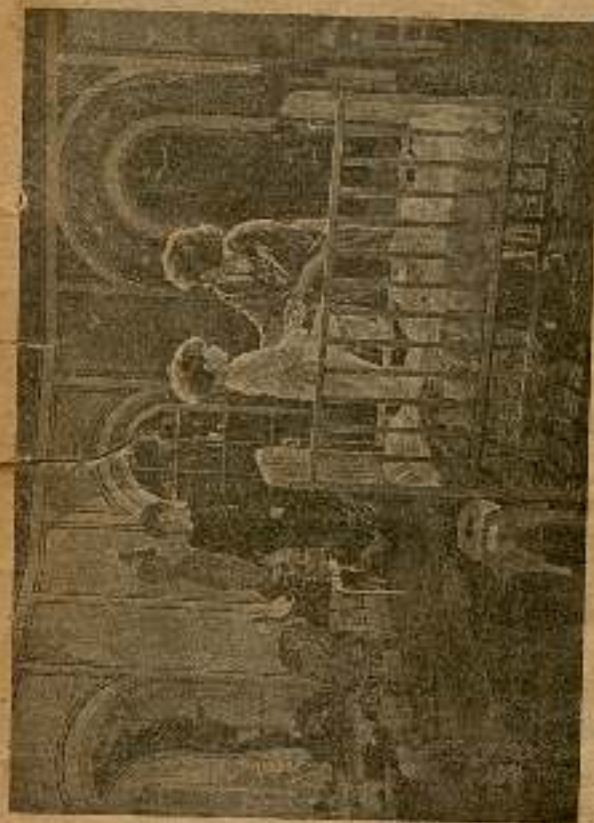
—¡Alegria, luz, placer, amor!

—¡Amor!... ¡Oh!... Yo abriría mi pecho al amor; pero no, las mujeres que actuamos en estos lugares somos mariposas del falso amor. Somos troqueles con que nuestros empresarios acaban moneda, instrumentos para engañar incautos. ¡Oh!... ¡Qué asco!

—Siempre, Elena, has sido enemiga de esta vida frívola.

—Desde muy joven, por faltarme mis padres, me he visto forzada a bailar. Me contrataron aquí; pero no sirvo, Molly, no sirvo para esto. ¡Alternar, conmutar, engañar! ¡Pobres mujeres!... ¡Y más pobres aún los hombres que se dejan engañar y pagan a peso de oro nuestros sonrisas, nuestros halagos!

—Pues mira, Elena, venia a proponerte si



—El fin más, de el «Patrimonio» para que Dios proteja a la pobre (pag. 10)

quieres adornar, mañana por la noche, un *souper*.

—No.

—Escúchame, Elena, tú que tanto suspiras por verte sinceramente amada... ¿quién sabe cuáles pueden ser las consecuencias de esto? El *souper* se da en honor de un joven abogado muy simpático, que tiene formado un alto concepto de las mujeres, por sólo serlo.

—Si es un compromiso tuyo, iré por complacerte; pero te advierto que se llevarán un chasco. No quiero servir de juguete al que quiero divertirme con el corazón de un hombre.

—Entonces voy a avisar que esta noche te vengas a buscar para ese banquete.

—Como quieras.

Elena Ward, estrella del arte coreográfico, era una linda muchachita todo bondad y honradez. Su único anhelo y el deseo más vehemente de su alma, era constituir un hogar con un hombre honrado y alejarse del *music-hall*; pero este ideal tan profundamente anhelado es tan difícil de lograr para las mujeres que han de divertirse.

Elena Ward adornó el *souper* al que asistió el joven abogado Roberto Graham, quien admiró el espíritu culto, las maneras distinguidas y, sobre todo, la prudencia de una mujer avara a alternar en los cabarets. ¡Flor era Elena, lozana y fragante, viviendo en el lodazal de un estercolero! ¡Perla en el cieno! ¡Mujer honradísima en medio de un hediondo *music-hall*!

Roberto Graham, el abogado de renombre,

quedó prendado de la bailarina y ésta enamorada de un hombre que parecía diferente de tantísimos otros que frecuentaban el *music-hall* donde ella actuaba. Parece cosa natural que los que mucho respetan a la mujer, son muy susceptibles de rendirse a sus encantos; y que las mujeres soñadoras, fáciles son a las fascinaciones de una ilusión. Roberto y Elena constituían los prototipos de unos y otras, y tanto, que dieron una promesa formal de matrimonio.

¿Quién lo había de decir?... Roberto Graham halló a su dulce mitad en el lugar menos a propósito para encontrar al ángel de un buen hogar, a la madre de sus hijos.

## II

### [SOLA]

Han transcurrido cinco años. Elena y Roberto saborean en el matrimonio las delicias embriagantes que el amor y la riqueza otorgan. Y para colmo de dichas, en su clave matrimonial, tienen ya un sostenido, un *sol mayor* que iluminaba con sus sonrisas de angelito los corazones de los venturosos esposos.

Elena de Graham es una esposa ideal y una madre cariñosa. Mujer de su casa, ya no pensó en las horas desdichadas del *cabaret*, ni siquiera en sus éxitos pretéritos en el arte de Terpsícore. Pero Elena tenía un corazón tiernísimo y hecho para el amor, y necesitaba, para

conservar su dicha, el rescoldo de la compañía de su esposo.

Este, completamente avasallado por la fiere de sus éxitos forenses, olvida un tanto, quizás, a su esposa, y sus constantes ausencias hacen que ésta se encuentre tan sola que para aliviar su aburrimiento, no tenía más alivio que su querido hijo.

Débase el hombre a sus negocios, no hay duda; pero sin olvidar que su primordial y esencialísimo negocio es el ser el eje motor, la cabeza visible, el jefe de su casa: su primer deber es constituirse en salvaguardia de la virtud de la madre de sus hijos. ¡Pobres hijas de Eva las que van al matrimonio con la ilusión de encontrar, en el hombre que han escogido, un compañero, y se hallan, luego de casadas, más solas que de solteras!... ¡Más solas y más gadas!

¡No condenemos a la mujer culpable cuando no ha hallado en su marido la salvaguardia de su virtud!

¡Qué pocos hombres comprenden la sublime misión que les está asignada en el matrimonio y la responsabilidad que adquieren al formar una familia!

Roberto Graham ha estado unos días ausente. Después de quedar unas horas en su casa ya se dispone a partir, con gran sentimiento de su esposa.

—Pronto—manda el abogado a uno de sus domésticos—, prepara el equipaje. Salgo esta tarde para Texas.

Su mujer le replica:

—Roberto, acabas de llegar y ya dispones

otro viaje. Sin embargo, me habías prometido pasar unos días a mi lado. Debes dedicarme algo de esta existencia que creí mía.

—Tienes razón, nanita mía, pero si consigo resolver un asunto que llevo entre manos, me proporcionará unos miles de dólares.



*Elena forcejada con todas sus fuerzas. (pag. 22).*

La amabilidad y las explicaciones de Roberto no consiguen disipar la tristeza de aquella esposa sin marido.

—Roberto, si las ocupaciones y la justa ambición acarrean al hombre ciertos deberes, también tiene el amor sus derechos.

—Vamos, no seas así. La obligación lleva

ancia consigo una serie de sacrificios cuya primera víctima soy yo.

—Oyeme. ¿Por qué no quieres que te acompañe, esposo mío? ¡Me encuentro tan sola lejos de ti!

—Yo con mi trabajo no me encuentro nunca solo. Anda, no seas tontúa. Mi ausencia no durará más de tres semanas.

—Aunque estés en compañía de tu trabajo, ¿te acordarás un poquito de tu esposa?

—Sí, mujer, sí. Anda, dame un beso y no te pongas triste.

—¡Dios mío!... Hay momentos en que me encuentro más sola que cuando no había puesto mi amor y mis esperanzas en un hombre.

Aquella misma noche Roberto Graham partió para Texas, dejando a su amante sola y sola con sus pensamientos y con el hijo de sus amores. A la dulce presión del hijo amado entre sus maternales brazos, la madre experimenta un consuelo inefable.

Aquella noche, después que Elena hubo despedido a su hijo, dijo:

—Hijo mío, di un «Padrenuestro» para que Dios proteja a tu papá.

—Mamá—contesta el pequeño—, este papá malo se marcha y nos deja solitos... Cuando vuelva le diré que no me gusta que se marche... ¿Por qué lloras, mamá?

—Anda, hijo mío, junta tus manos y di la oración.

El pequeño, de rodillas encima de la cama, juntó sus manecitas, elevó sus ojos azules al cielo y musitó pausadamente: «Padre nuestro, que estás en los Cielos...»

## TENTACIÓN

Los días transcurrían con una monotonía engendradora del tedio. Aquella mujer hallábase en el matrimonio más aislada que cuando, actuando de bailarina, huía de la compañía de los hombres, cuyas caricias y halagos aborrecía: faltábale el rescoldo de un amor.

Una tarde, una visita vino a rasgar el velo gris de su existencia monótona.

Molly, su antigua compañera del «musical», ¿quién no había visto desde antes de casarse, vino a visitarla. ¡En malhora viniera!

—¡Oh! ¡Molly!... ¿Tú en mi casa?... ¡Cuánto te agradezco la visita! ¿Cómo estás?

—Ya ves, siempre alegre en mi vida frívola. Sabía que vivías sola como una lechuza en un campamento, o como dicen vulgarmente, como una ostra, y he venido a echarte unas gotas de limón.

—Pero ¿vienes expresamente de Nueva York?

—No, venimos de *tournee*... Sabía que residías aquí y pensé en venir a verte... y no he tardado. Calcula, debutamos ayer noche en el «Eden Palace»...

—Pues te agradezco mucho la visita. Ven, ven, que verás mi nido.

—Chica, vives en un palacio.

—Sí, sí; la jaula es de oro, pero...

—¿Pero qué?... Dime la verdad, ¿eres feliz?

—¿Por qué negártelo? Yo me figuraba otra cosa de la vida matrimonial... Quizás si me hubiese casado con un hombre de menos trabajo, estaría más para mí; pero resulta que Roberto está poco en casa, tan poco, que yo me aburro soberanamente. Ya me quiero, sí, sí; me quiero mucho y estoy convencida de que me es fiel. Mas yo necesito cariño, que mi esposo me mine, que esté a mi lado... ¡Le quiero tanto!

—Lo de siempre, Elena. Todos los hombres son iguales: antes de contraer matrimonio, grandes promesas, muchos halagos, juramentos de fidelidad... y después... ¡cuernos!... ¡Al diablo con todos los hombres! ¿Sabes cuál es mi sistema? Sacarlos cuanto puedo y después... si te he visto no me acuerdo.

—Eso no. Mi Roberto es bueno, cariñoso conmigo.

—Muy cariñoso; pero no se acuerda que estás en el mundo. Mira, para la inmensa mayoría de los hombres, las mujeres no somos más que unos sencillos instrumentos de placer. Nada, hija, lo que me cuentas es horrible... ¡Vaya una vidita!... Para eso valía más hacerte monja. Y dime: ¿No tienes más distracciones que la de vivir continuamente entre estos retratos disfrazados?

—¿Por Dios, Molly, no te burles de estos retratos delante de los criados!... ¡Si mi marido se enterase de que nos reímos de sus respetables antepasados...

—Por lo menos, y visto el lujo de tu instalación, debéis dar cada fiesta aquí que te resarza de tu soledad... ¿verdad?

—No, no damos ninguna. Roberto no tiene más fiesta que su trabajo.

—Estás apañada. Para el hombre que ama verdaderamente a su mujer, su ocupación preferente debe ser la de hacerla feliz. Si tu esposo no te proporciona distracción alguna, búscatela por ti misma.

—No, eso sí que no lo haré. Prefiero sufrir.

—Escucha. Ven a pasar unos días conmigo. Nos divertiremos de lo lindo. ¿Quieres?

—Imposible. ¿Qué diría Roberto?... ¡Dios me libre de disgustarle!

—¡Ay, sí!... ¡Jesús!—contestó Molly con burla mordiente—. ¡Que no se muera del disgusto!... ¡Tonta, más que tonta!... ¡Quién se lo va a contar?

—¿Y voy a dejar a mi hijo solo?

—¿Solo con un ejército de criadas y domésticos?... Nada, nada de vacilaciones. Cuando él prefiere el dinero a tu cariño, no es lógico que consumas tu juventud entre estas cuatro paredes.

Aquellas palabras tentadoras de la mujer frívola iban penetrando en el corazón sano de la mujer buena—a quien faltaba la coraza de la compañía del esposo—como un dardo emponzoñado. Elena contestó:

—Tienes razón, Molly, bien se lo merecería.

—Y claro, mujer, ¡vas a ser siempre la esclava de un hombre que a lo mejor tiene mujeres a docenas? Además, yo no te propongo nada malo. Supongo que por quedarte dos o tres días en mi casa...

—¿Pero no me has dicho que has venido a trabajar aquí?

—Yo trabajo sólo los tres primeros días. Bueno, escucha. Yo, pasado mañana estaré en Nueva York. Te espero el próximo jueves. Ya verás como nos divertiremos. Tu esposo no ha de volver tan pronto.

—¿Estará ausente tres semanas.

—De primera. Convenido ¿eh?... Aquí te dejo mis señas. Te espero sin falta.

—Iré; pero si Roberto se enterara...

—¿Sabes lo que haremos?... Tu ya no serás la señora de Graham... acrás Peggy La Martine, ¿te va el nombre?

—Sí, sí, muy bien... ¡Hasta el jueves, querida Molly!

—¡Hasta el jueves, Elena!

Y tres días después—mientras el célebre abogado Roberto Graham luchaba con denuedo por sostener los intereses de su cliente, un banquero de Texas—, Elena disponíase a emprender el viaje a Nueva York después de haber confiado su hijo a la cunadrera.

Este paso en falso de la esposa fiel, de la madre amada, que, por una afusación incomprensible, olvidaba un momento sus deberes de esposa y de madre, iba a tener consecuencias fatales en su porvenir.

Ni la ligereza del marido, ni siquiera el olvido de sus deberes conyugales, abonar a la mujer a saltar a los suyos exponiendo su honor y reputación que son los dones más preciados de una esposa.



Fué tan agudo el dolor experimentado que dió un grito agudo y cayó al suelo (pág. 24).

## IV

## EL ESTIEMA PAYAL.

Elena de Graham ya está en casa de su amiga y excompañera Molly.

En aquella morada todo es frívolo como su dueña; pero todo dispuesto con mucho arte y coquetería, que Elena admira y alaba.

—Oye, Elena—dígale Molly—, debería quitar de tu dedo la alianza. No veo la necesidad de que vayas proclamando por ahí que estás casada. Aquí serás Peggy La Marte, así nadie sabrá quien eres.

Aquella misma noche se celebraba en casa de Molly una reunión a la cual asistía la falsa Peggy La Marte, con muchas ganas de divertirse; pero... con pocas esperanzas de conseguirlo, pues su espíritu, torturado por el gusano roedor del remordimiento, estaba al lado de su amado hijo.

Bailó con varios de los invitados, quienes se prendaron de su belleza.

Entre éstos había un caballero muy rico, llamado Carlos Garrick, un ser desvergonzado que había conseguido amasar de cualquier modo unos millones, y cuya debilidad eran las mujeres bonitas.

Al ver, por primera vez, a Elena, prendóse de ella. Así lo comprendió la mujer que hasta entonces era su favorita, llamada Mabel, una joven de una belleza de tipo moreno con ojos verdes.

Vió Mabel como su hombre se encaprichaba de la hermosa Peggy La Marte; y en su alma se suscitó una terrible tempestad de celos y de envidia contra la desconocida cuya belleza tanto había llamado la atención de Garrick.

Este tal Garrick era un hombre de unos cuarenta años, grueso y con cara de lascivia.

Cuando bailó con Peggy atrevióse a deslizar estas palabras en su oído:

—Peggy, es usted la mujer más bonita y simpática que haya conocido en mi vida.

Elena sonrió, y por esta sonrisa coligió Mabel—que permanecía sentada en un ángulo del salón mirando fijamente a su amante y a su vecina—el significado de las palabras que aquél hombre murmurado en los oídos de la mujer que quería a desbancarla en el afecto de su hombre.

Decimos que Peggy había soñado, y aquella complacencia con que fué acogido el piropeo del bailarín, dió ánimos a éste para añadir:

—Peggy, para volver a verla a usted, voy a organizar una fiesta en mi finca, ¿vendrá usted?

—No, no; imposible.

Terminado aquel baile, Garrick fué a hablar con Molly.

—Molly—le dijo—, quiero que convenza usted a su hermosa amiga Peggy para que acepte la invitación que le he hecho de asistir a una fiesta que voy a dar en mi finca.

—Déjelo para mí. Yo le aseguro que asistirá.

Un momento después, Elena estaba perfectamente convencida y aceptó sin titubeos la in-

vitación para la fiesta en la regia mansión del potentado Garrick.

—Amigos míos—anunció éste a la concurrencia—, os invito a la «soirée» que dará pasado mañana en el «Rasuccho» en honor de miss Peggy La Marte.

—Si es pasado mañana—replicó Elena—, siento comunicarle que no podré asistir, pues yo debo salir de viaje pasado mañana.

—En ese caso—manifestó Garrick—no he dicho nada, si no asiste miss Peggy, no hay fiesta.

Estas palabras transudaron el semblante de Mabel, que respiraba rabia y cólera.

Varios de los presentes, y entre ellos Molly, se acercaron a Elena, rogándole se quedara un día más.

—Ponta, más que tonta—suplicaba Molly—¿sabes acaso lo que significa una fiesta en casa de Garrick?... Anda, mujer, acepta, será tu última diversión.

—No, no; debo partir pasado mañana.

Molly se acercó a Garrick y le dijo:

—Garrick, es usted muy poco galante. Celebre esta fiesta mañana y miss Peggy podrá asistir a ella.

Mabel, que oyó estas palabras, replicó:

—Creo que aunque esa mujer no asistiera a la fiesta, aquí estoy yo para regentarla... Además no quiero, Garrick, que organices fiestas en honor de otras mujeres.

—Mira, niña—le replicó su amante—, desde que salí del colegio, a donde fui muy poco tiempo, no recibí lecciones de nadie... ¿estamos? Y te advierto que ya estoy cansado de esco-

nas dramáticas y si me vuelves a producir la menor molestia, te mando a dar un paseito de duración indefinida.

Mabel reclinó los dientes de cólera; pero comprendió que lo podía perder todo y se tragó la píldorita. Hizo asomar a sus labios una simulada sonrisa y, dulcificando su voz, formuló una dispensa:

—¡Oh!... no, perdóname, amado mío, es que estoy colesa de tanto que te quiero.

Mas Garrick, lejos de calmarse, le soltó este tacho:

—Ya podrías haber observado que tu cariño me importa tanto como una colilla. Para que veas cuanto interés tengo en tu persona, mañana celebraré la fiesta en honor de miss Peggy y si no te pluguiere... vete.

—No, hombre, no; ya puedes celebrar las fiestas que quieras en honor de quien te dé la gana. Por algo eres tú el amo.

Y a la noche siguiente celebrábase el festejo anunciado en casa del millonario, en honor de nuestra desorientada heroína.

Es el palacio de Garrick una mansión principesca situada en el barrio más aristocrático de la capital.

Aquella noche los salones de la soberbia mansión ofrecían un aspecto deslumbrador.

Miss Peggy La Marte fué recibida por el millonario y demás invitados con todos los honores de reina de la fiesta. Rataba deslumbrante de belleza.

Garrick estuvo tan obsequioso con ella, que sus galanterías volvieron a suscitar, en el po-

cho de la hasta entonces favorita Mabel), una verdadera tempestad de celos, rencores y sed de venganza. Disimulaba, sonreía de un modo amargo; pero su alma era un pudridero de pasiones malsanas, que se retorcan como víboras en un recipiente, impulsándola a hacer algo para borrar aquel agravio.

Garrick no se separaba ni un momento de su hermosa invitada, de quien estaba brutalmente prendado.

Por su parte, la falsa Peggy se aburría soberanamente, pues no podía quitar de su mente la figura de su hijo a quien había abandonado en manos de personas mercenarias, ni la de su esposo, a quien faltaba vando a divertirse sin su consentimiento.

Elena tiene deseos de marchar y así manifiesta a su amiga:

—Regresemos a casa, Molly; ya estoy cansada. He reflexionado y comprendo que he cometido una imprudencia. Mi puesto no es aquí. Vámonos.

—Pero si la velada no hace más que empezar... Tú te chancas. Anda, no seas ridícula.

Y de nuevo el ángel malo convenció a su amiga... ¡Qué fatal suele ser el primer paso dado en falso por una mujer!

Hacia media noche, Garrick invitó a la falsa Peggy a visitar su casa:

—¿Quiere usted visitar mi casa? Me permito confesar, modestia a parte, que hay en ella algunas cosas dignas de verse.

—Es con gusto que acepto su amable invitación.

Un momento después, Garrick y su hermosa

invitada recorrieron las lujosas y artísticas habitaciones del palacio, admirando las bellezas y objetos de arte que guardaba el millonario.

Este, antes de iniciar esta visita, ha dado esta orden a uno de sus domésticos:

—Dí a los invitados que me he sentido in-



*Mamá, enseñale a papito aquella mariposa que tienes en la espalda (pág. 28).*

dispuesto súbitamente y que pueden retirarse, pues se suspende la fiesta.

Mientras el millonario y la hermosa Peggy recorrían los salones del palacio Garrick, los invitados fueron retirándose paulatinamente.

Entretanto, por los alrededores del palacio vigilaba un conocido *revienta-pisas* en busca de trabajo bien remunerado. Paseábase este discípulo de Caco por la calle desierta, cuando oyó estas palabras a dos agentes nocturnos de vigilancia parados ante el edificio:

—Este señor Garrick va de fiesta en fiesta. Desde que presto servicio en el barrio ha dado ya no sé cuántas.

—No hay como ser rico. Es imposible calcular su cuantiosa fortuna. El cuenta por millones. Tiene un *fortunón* en cuadros y objetos de arte.

No quiso saber más el profesional del robo. Cuando los vigilantes se hubieron alejado, se encaramó por el canalón de desagüe hasta una de las ventanillas entrabiértas y penetró en la casa, que empezó a registrar, ayudándose con una linterna sorda. Registrando una vitrina se hallaba, cuando llamó su atención una voz de mujer que decía:

—¡Por Dios, señor Garrick, eso no!... ¡No! ¡Le digo que no quiero!... ¡Respete usted a una mujer honrada e indefensa!

El ladrón acercóse con cautela hacia donde oía esta voz angustiosa, separó el cortinaja y observó.

Era un salón de reducidas dimensiones, adornado con un refinamiento sibilítico. Adornaban las paredes preciosos tapices, representando los asuntos bíblicos más pasionales, como el conato de seducción del casto José por la esposa de Putifar, el pasaje de los dos vicios israelitas queriendo poseer a la casta Susana,

etcétera; en una preciosa hornacina y bajo un dosel de damasco, había un ídolo indio ante el cual quemábase olorosos incienso de Corintio en pebetero de oro, sobre los bordes del cual sobresalían dos águilas brillantes en actitud de extender las alas; y frente al ídolo, adosado a la pared contraria, un gran sofá cubierto con pieles de leopardo.

Peggy admiraba embelesada todas aquellas riquezas. Acercóse al pebetero y quiso tocar con la mano una de aquellas águilas brillantes; mas Garrick la advirtió a tiempo:

—Cuidado, Peggy, no toque este perfumador, pues se quemaría usted.

—¿Se quemaría?

—En la originalidad de este pebetero consiste en los colores brillantes de las águilas que lo adornan, cuyos destellos son debidos a que están continuamente calentados al rojo-blanco.

—Gracias del aviso, señor Garrick.

—¿Qué le parece esta habitación? He reunido en ella, con verdadero cariño, cuanto he podido coleccionar verdaderamente original.

—¡Es precioso!

—¿Quiere ser usted la reina de todo esto, Peggy?

—Oh, señor Garrick!...

—¡Peggy, yo la amo a usted!—confesó brutalemente él queriendo cogerla las manos que Elena retiró espantada. Usted, amiga mía, debe ser mía.

—¡Oh!... ¡Qué horror!

Garrick la abrazó por el tallo y quiso besarla diciendo al propio tiempo:

—No es ningún horror... Y es inútil que

grite, pues estamos solos en la casa. ¿Lo oye? Solos... Hoy debe usted ser mía.

— Por Dios, señor Garrick, eso no... ¡No! Le digo que no quiero... ¡Respete usted a una mujer honrada e indefensa!

Elena forcejó con todas sus fuerzas y, desasíendose de los brazos del sátiro, retrocedió con violencia, de modo que fué a dar con su espalda contra el águila calcada al rojo blanco, produciéndose una quemadura en el hombro izquierdo, quedándole marcada en la piel el águila.

Fué tan agudo el dolor que experimentó, que dió un grito y cayó al suelo.

Garrick no dejó en su empeño y, agachándose sobre su víctima, mas Elena se levantó y se opuso a una resistencia heroica.

El ladrón, que observaba tras los cortinajes, sacó una pistola y estuvo a punto de dispararla sobre aquel ser inofensivo que así abusaba de una mujer indefensa.

Elena, para no caer en los brazos de aquella bestia humana, retrocedió hasta el marco de la puerta donde se ocultaba el ratero, gritando.

— ¡No se acerque usted!... ¡Su contacto sería para mí más doloroso que la quemadura!

Con las manos hacia atrás cogía la cortina, y entonces el ladrón pôsola en ellas su pistola.

Garrick fué hacia ella, la volvió a tomar entre sus brazos; pero en aquel momento se oyó un disparo y el sátiro cayó atravesado por una bala. Estaba muerto.

Elena salió inmediatamente, mientras la servidumbre acudía al ruido del disparo. El rate-

ro, a quien se apresó, fué acusado como autor del asesinato de Garrick y encarcelado.

Al día siguiente, Elena de Graham estaba en su casa; pero llevando en la espalda un estigma fatal.

## V

## LA COLPABLE!

Días después, jugaba Elena con su hijo, a quien tenía en los brazos, y notó el pequeño la señal de la quemadura.

— Ay, mamá! ¡Qué mariposa tan bonita tienes en la espalda!

— ¡Vaya, no seas tonto!

Desde aquel día, Elena llevó los vestidos menos escotados.

Dos semanas después llegó Roberto Graham, quien manifestó a su esposa.

— De hoy en adelante, me acompañarás siempre. No nos separaremos ya más. El niño es mayorcito ya y puede quedarse sin peligro.

Discursan los días amables y plácidos, pero Elena, lejos de disfrutar por la nueva actitud de su esposo, sufría los horrores de la mayor incertidumbre.

No deja un solo día de enterarse del asunto Garrick en que ella ha tomado parte tan directamente.

Sentada está enbebida en la lectura de un artículo encabezado con este titular: *El asesino Garrick ante los tribunales.*

Su esposo la sorprendió:

—¿Qué lees con tanto interés?—le preguntó— Ese crimen vulgar me parece muy poco interesante.

—Serán tonterías mías; pero este proceso me intriga mucho. ¿Crees que condenarán a Tom Barney?

Las pruebas son más que suficientes para llevarlo a la silla eléctrica.

—¡Pobre hombre!... Sin embargo, él dice que sólo fué a robar.

Entretanto, Tom Barney, el ratero a quien apresaron en casa de Garrick, recibe la visita de su mujer.

—He estado buscando como una loca y nadie quiere ocuparse de tu defensa por menos de mil dólares. ¿Cómo voy a reunir semejante suma?

Aquella mañana, el juez llevó a Tom Barney un sobre recomendado, que habían traído para el preso. Abriólo y con gran sorpresa vió que contenía la suma de mil dólares sin más indicación que esta, escrita con letra de mujer:

Para Tom Barney, para que élita un buen abogado.

La prensa de aquellos días había hablado mucho del gran éxito obtenido en Texas por el letrado Roberto Graham. Tom Barney eligió a este abogado para que le defendiera.

Roberto Graham se entrevista con el preso, quien confiesa la verdad de lo sucedido tal como la conoce el lector. El abogado comprende que todo el intríngulis de este asunto está en hallar a la misteriosa mujer de la quemadura. De momento piensa que esta mujer es una crea-

ción de la mente de Tom Barney; pero, después de oír a los criados de Garrick, quienes le hablan de una señorita Peggy La Marte, amiga de Molly, comprende que esta mujer existe; pero... ¿dónde está?... Esta es el problema.



¡Oh!—¿qué?—Peggy La Marte? Pág. 28.

El abogado visita a Molly, quien asegura no saber nada del paradero de Peggy La Marte, a quien sólo—dice—conocía de vista.

El abogado Graham ha tomado esta causa con gran simpatía y entusiasmo. Sus esfuerzos, juntamente con los de la policía, se dirigen a hallar a la mujer de la quemadura en forma de águila.

Aquella noche Roberto decía a su esposa:

—Estoy convencido de la inocencia de Tom Barney; la culpable es una tal Peggy La Marte, que tiene una quemadura en la espalda en forma de águila. Tengo la convicción de que es ella que asesinó a Garrick; por ella no siento la menor compasión, pues demuestra ser una desvergonzada por el hecho de acudir a una fiesta como las que solía dar aquel libertino. Sin duda es ella la que ha mandado a Tom Barney los mil dólares y un recorte de periódico que habla de mí.

Elena se estremeció de pavor.

Los señores Graham despiden a su hijo que se dispone a acostarse. Con gran espontaneidad el pequeño dice a su madre delante de su padre:

—Mamá, enséñale a papáito aquella mancha que tienes en la espalda.

Elena quedó pálida como una muerta. Graham le preguntó:

—¿Qué misteriosas palabras son estas del niño?... ¿Qué significa tu actitud?

—No es nada; tonterías sin importancia; cosas de niños.

Salieron los esposos del cuarto del niño. Roberto acercóse a su esposa.

—Déjame ver tu espalda.

—¡No, Roberto!... ¡No me toques!

Roberto Graham rasgó la blusa a su mujer y dejó al descubierto la parte de la espalda donde llevaba impreso el estigma fatal.

—¡Oh!—clamó—. ¡Peggy La Marte!... ¡Tú eres Peggy La Marte!

—Roberto mío, perdóname. Me encontraba

tan sola durante tu ausencia, que cometí la imprudencia de aceptar la invitación de Molly. Pero no quería matar a Garrick... ¡Dios mío, aquella noche horrible!... ¡Tengo las ideas tan confusas!...

—Dime, desventurada, ¿qué hiciste del revólver?

—En mi bolso está, tal cual lo dejé después de aquella noche fatal.

Al día siguiente, Roberto fué a ver al juez, para renunciar a la defensa de Tom Barney.

Y al día siguiente Roberto Graham desapareció de su casa. Fué inútil cuanto Elena hizo para hallar su paradero. Las agencias de informes y los detectives puestos en juego no pudieron hallar ni rastro del abogado. Y una sombra de posible abandono, quizás de tragedia, disolvióse en el alma de la desventurada esposa.

## VI

¿.....?

En uno de los infectos «cabarets» de infima clase de uno de los barrios extremos de la gran urbe, un hombre de barba hirsuta y vestir descuidado, está sentado en una mesa. Algo separados del desconocido, unos habituales en compañía de herederas de conducta dudosa, hablan del nuevo cliente.

—Es un muchacho—dice uno—que nunca tiene un cuarto, porque todo lo que posee si lo gasta con las mujeres.

Otro manifestó:

—Es el amigo de Mabel, la exámita del asesinado Garrick.

Cierto debía ser esto por cuanto, momentos después, se acerca al hombre de barbas hirsutas y vestir descuidado, una mujer en quien reconocemos a Mabel.

## VII

### PERDÓN

Llegó el día de la celebración del juicio de Tom Barney, que habia despertado una interés sin precedentes. La sala estaba de bote en bote.

Después de la defensa del acusado y del informe del fiscal, los jurados dieron un veredicto de culpabilidad.

—¡¡ Soy inocente!!... ¡¡ Soy inocente!!  
—clamó Tom Barney.

En medio de una expectación enorme, una señora se adelanta hasta la mesa del tribunal y dice con voz solemne y gran entereza:

—Señores jueces señores jurados, este hombre es inocente. Ha dicho la verdad... ¡¡ Yo soy la culpable!!

En la sala se oyó como el rumorco de las olas que repetician como un eco:

—¡¡ La culpable!!... ¡¡ La culpable!!...

El abogado defensor suplicó:

—Pido al Tribunal que se interrogue inmediatamente a esta mujer.

Aquella mujer era Elena de Graham, la falsa Peggy La Marte, quien contó su actuación en casa de Garrick, terminando con estas palabras:

—¡ Yo soy la culpable!!

—¡ No, no; esa mujer no es la culpable! — dijo un hombre adelantándose hasta la presidencia.

El que había pronunciado estas palabras era el hombre de barba hirsuta y mal indumentado que hemos visto en el «cabarete» de baja ralea en compañía de Mabel. Este hombre volvió a hablar:

—¡ Yo soy el abogado Roberto Graham!

Gran expectación. Elena da un grito. Roberto Graham continuó:

—La culpable es Mabel, la amante de Garrick. Ella misma se declara culpable en este escrito—y lo entrega al Tribunal—; yo, fingiéndome amante de Mabel, la he emborrachado, y en el mismo lugar del crimen ella misma ha reconstituido la escena de manera que no ha lugar a duda.

Roberto Graham dió detalles de la manera como se cometió el crimen y convenció a los jueces y a los jurados.

Tom Barney y Elena Graham quedaron en libertad. Mabel fué detenida en vistas a un nuevo juicio.

Roberto y Elena vuelven a casa.

—Roberto, Roberto mío—dice Elena—, perdóname. Eres muy bueno.

—No tengo que perdonarte nada. Tu única falta fué el salir de casa sin mi consentimiento; pero te portaste como una heroína, y por tí entereza de alma debo felicitarte.

—¿ Pero es cierto que no fuí yo la culpable de la muerte de Garrick?

—Ciertísimo.

—¿Cómo lo dedujiste?

—Muy sencillamente. El revólver que Tom Barney te entregó, estaba sin disparar. Tú creíste que era la pistola que tenías en la mano que se había disparado y es porque en aquellos momentos tu espíritu no podía darse cuenta de nada: la lucha que sostenías con aquel hombre, la terrible quemadura, el pensamiento de tu hijo y de tu esposo, ocupaban toda tu razón para que tuvieses bastante lucidez para discernir entre un disparo de tu revólver y el disparo de otro. Lo principal para mí es saber que tú eres una mujer honrada y que me quieres. Cometiste una ligereza y bien la has pagado.

—¡Perdón!

—¡En mis brazos!.. Vida mía, algo de culpa me entra a mí por haberme desprecupado tanto por mi esposa, a quien prometo no abandonar jamás.

—¿Siempre unidos?

—¡Para toda la vida!

FIN

=====

Número 85 - **BIBLIOTECA FILMS** - 13 Octubre

Originalísima y emotiva novela de amor, interpretada por la admirable artista **Mary Astor**, titulada,

## **EN ALAS DE LA GLORIA**

Postal: *Bebé Daniels*.

Precio: 25 cts.



**¡Succés ruidoso!**

Ya está en venta la tercera edición de la emocionante novela, cuyo asunto ha conmovido a toda una generación

## **LOS DOS PILLETES**

Obra maestra de **PIERRE DECOURCELLE**

Interpretes:

**Majorie Hume y Yvette Guilbert**

**Gabriel Signoret y Leslie Shaw**

**Jean Forest**

Postal de los dos protagonistas.

50 cént.

Imp. Garrofé. Villarroel, 12 y 14. BARCELONA